

EDITORIAL

ENTRE UTOPIÁS Y DISTOPIÁS: DE LA ESPERANZA A LA NOSTALGIA

La gente me pide que prediga el futuro, cuando todo lo que quiero hacer es prevenirlo. Mejor aún, construirlo. De todas formas, predecir el futuro es demasiado fácil. Miras a las personas que te rodean, la calle en la que te paras, el aire visible que respiras y predices más de lo mismo. Al diablo con más. Quiero algo mejor.
Ray Bradbury (1979), *Beyond 1984: The People Machines*.

En 2011, *El Futuro del Pasado* dedicó su segundo número al tema «Razón, Utopía y Sociedad». El 15 de mayo de aquel año se había celebrado una manifestación a la que siguió la ocupación de plazas en una multitud de ciudades de todo el estado. Con aquel gesto se impugnaba un sistema que no había dado respuesta a la mayoría social ante las consecuencias de la gran crisis de 2008. Por toda Europa, los gobiernos rescataban a las grandes corporaciones financieras mientras dejaban caer a una ciudadanía acosada por el desempleo, los desahucios y unos servicios públicos debilitados y que eran pasto de salvajes recortes. En España en aquel mayo, la indignación tomó las calles, como meses antes lo había hecho en Túnez y en Egipto, y como después lo haría en Wall Street, para dejar claro que la población no era mercancía, ni tampoco un títere que unos gobiernos cuya representatividad se puso en tela de juicio pudieran manejar a su antojo. Surgieron entonces nuevas formas de movilización social y política que, a pesar de sus diferencias, compartían un horizonte de esperanza: las cosas se podían hacer de otro modo, de una manera más justa para la mayoría social.

Doce años después, esa capacidad para dar un sentido constructivo a una situación de extrema vulnerabilidad parecería perdida. Sociedades que solo alcanzaron a soñar con recuperarse de la crisis se han enfrentado a una pandemia, la de la COVID-19, que, paradójicamente, las ha detenido radicalmente y al mismo tiempo ha acelerado algunas de las tendencias más preocupantes de cuantas se observaban ya con anterioridad. Ha generado una disrupción económica que ha ampliado

aún más las desigualdades sociales y que dificulta el avance hacia modelos alternativos que palien los efectos más alarmantes de la crisis medioambiental en la que nos encontramos. Ha potenciado una crisis de valores que afecta a las democracias liberales, acosadas a ambos lados del atlántico por movimientos populistas que encuentran en los miedos e inseguridades del presente una vía para profundizar en una deriva autoritaria patente ya en algunos países. Una terrible expresión de esta última la encontramos en la guerra que desde hace un año asola a Ucrania luego de la invasión rusa y ante la que nada menos que la Unión Europea, flamante Premio Nobel de la Paz en el año 2012 y autoproclamada defensora de las libertades y de los derechos humanos, se muestra incapaz de ofrecer una solución que no pase por alimentar el conflicto mediante el envío de armas.

Si en 2011 un número como el que publicábamos entonces era una invitación a seguir reflexionando, desde la historia, contra el determinismo TINA (*There Is No Alternative*) al aire libre, en las plazas, en un ambiente de cierto optimismo, a día de hoy, con el hambre, la peste, la guerra y la muerte cabalgando juntas, la publicación de otro monográfico dedicado, de nuevo, a las *eutopías* necesariamente adquiere un sentido muy distinto. Parecemos hoy —lo sugiere el propio título del monográfico— abocados a un imaginario distópico, en el que imperan visiones postapocalípticas de gran rentabilidad comercial que en absoluto nos ofrecen un mundo mejor y que incluso nos arrebatan la capacidad de construirlo. Las distopías y antiutopías que en su momento advirtieron contra los peligros de los autoritarismos y las derivas tecnocráticas del siglo XX se muestran hoy domesticadas e infantilizadas. Ejercen una influencia legitimadora de la sociedad capitalista y de los regímenes políticos actuales, hurtando toda discusión sobre otras alternativas y desviando los intentos por identificar las causas y las responsabilidades que hay detrás de la generación de esos futuros indeseable que pueden ser los nuestros. En ellas, los problemas se deben a individuos concretos o a amenazas externas: accidentes inevitables, mutaciones causales, catástrofes naturales, civilizaciones extraterrestres... La sociedad no existe, y desde estos postulados, como diría Mark Fisher parafraseando a Frederic James y Slavoj Žižek, «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo». Por eso, al final del día, condenados a enfrentarnos con zombis caníbales, robots asesinos, hongos mutados o, simplemente, el agotamiento de nuestro mundo, beberse un refresco de cola puede parecer el mejor consuelo imaginable.

Estas distopías *mainstream*, cuanto menos, parecen destinadas a contentarnos: quizá no estemos tan mal, nos susurran. Y a la vez nos inoculan un miedo que nos aboca al cinismo, a la inacción y, en última instancia, a la sumisión. Opera soterradamente un darwinismo social aberrante: solo quienes tengan los recursos necesarios o quienes estén dispuestos a avanzar a pequeña escala por la vía de la supervivencia podrán lanzar, aunque sin certezas, sus balsas al mar terrible en el que resto sucumbiremos. Menos mal que nuestro gobierno ha decretado el fin de

las distopías: «Basta de Distopías. Volvamos a imaginar un futuro mejor», reza el lema de la campaña que ha lanzado Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030. Cómo habremos de hacerlo, bueno, eso es ya competencia de otro negociado.

Más allá de estos nuevos milenarismos, de un signo y de otro, salir de esta encrucijada pasa por recorrer los pliegues de este sistema provistos de herramientas de análisis que nos permitan identificar las grietas. En muchos de los temas de reflexión contamos ya con importantes antecedentes. Por ejemplo, los futuros indeseables causados por la rebelión de las máquinas y el llamado Síndrome de Frankenstein son temas clásicos en la literatura de ciencia ficción y han sido objeto de un importante corpus teórico con una historia propia. Recuperar estas genealogías parece hoy acuciante ante el acelerado avance de las Inteligencias Artificiales, que se proponen como única vía para ordenar —y ordenarnos en— un mundo inundado por datos que nublan nuestra capacidad de discernimiento. Para algunos, este salto tecnológico es motivo de euforia. Los proyectos transhumanistas y poshumanistas ven en la IA, la robótica y la nanotecnología herramientas que nos pueden ayudar a superar la finitud humana a través de la hibridación cuerpo/mente-máquina. Los cambios antropológicos que ya se están operando —pérdida de privacidad, atomización social, autoritarismo— y que auguran terribles consecuencias claman por una reflexión ética que se haga cargo de nuestros límites, como individuos y como sociedad, y proponga otros mundos posibles.

A finales de los años setenta, el sociólogo Albert Meister imaginó que la inauguración del Centro Pompidou —que tendría lugar en el año 1977— habría de coincidir con la inauguración de otro centro ubicado en el mismo lugar pero varias decenas de plantas bajo tierra, el Beaubourg, un espacio subterráneo abierto a otras formas sociales y culturales. Hoy, cuando publicamos este nuevo número, las plazas están vacías y la verticalidad se erige como privilegio arquitectónico de la distopía. Quizá la vía para avanzar una reflexión ética humanista que nos ayude a contener los efectos perniciosos de las tendencias que hoy observamos y a proponer otras alternativas pase por seguir horadando críticamente en la historia para evitar la clausura de nuestro presente e identificar corrientes subterráneas de pensamiento que nos permitan proyectarnos hacia mundos mejores; pase porque la mirada hacia el futuro venga acompañada de la mirada al pasado. Y con ese propósito, hoy, como en 2011, seguimos trabajando.

Álvaro Carvajal Castro e Iván Pérez Miranda
Directores de *El Futuro del Pasado*

